



Obcecación

Ataúlfo Sanz

Aquella mañana fría del mes de marzo, Juan se había levantado pensando en los muertos. Hacía poco más de un año del brutal atentado de Madrid y, aunque él estaba a miles de kilómetros, todavía se estremecía pensando en los muchos amigos y conocidos que cada mañana tomaban el tren desde Ciudad Real para ir a trabajar a la capital y que ese día, el del atentado, tuvieron suerte porque sus trenes no llegaron nunca a la estación de Atocha. Desde entonces, él desconfiaba de los moros. Aunque sin llegar ni por asomo a los niveles de Madrid o de las ciudades de la costa levantina y

andaluza, también en los pueblos de Ciudad Real se notaba la presencia cada vez mayor de musulmanes que deambulaban por las calles y plazas buscando un medio para ganarse la vida. Algunos de sus vecinos en el mercado de Manzanares ya tenían trabajando a marroquíes, pero Juan siempre se había negado a contratarlos con la vana esperanza de que, si nadie les daba trabajo acabarían por volverse a su tierra. Llevaba en la pollería muchos años y había visto cómo habían cambiado los gustos de la clientela y la sociedad de este pueblo manchego. Ya no se vendían tantos pollos enteros, sino que la gente prefería el despiezado y eso llevaba un montón de trabajo añadido.

Después de desayunar tranquilamente en su casa, Juan salió a la calle y cruzó a la otra acera. El mercado estaba relativamente cerca y no le llevaba más de diez minutos llegar. A la puerta, el frutero descargaba unas cajas.

—¿Qué pasa, macho? —le saludó Juan.

—Pues aquí, como siempre, currando un ratito. ¿Ya te has enterado de lo de los moros?

—¿Qué es lo que pasa? ¿Otro atentado?

—No, qué va... Pues que te han abierto una mezquita debajo de tus narices, hombre.

—¿Que han abierto qué?

—Sí, una mezquita de esas. Un sitio para rezar y reunirse, ya sabes, donde están todos sentados en el suelo encima de unas alfombras y luego se ponen con el culo en pompa.

—¿Y eso se puede hacer así, sin más ni más?

—Habrán alquilado el local y si se lo ha autorizado el Ayuntamiento...

—Mejor una mezquita que una discoteca, —terció Luisa, la del puesto de pescados—. Si además ellos no se meten con nadie, ni hacen ruido ni nada de nada...

—Ya. ¿Y las bombas qué?

—¡Qué bombas y qué bombas, hombre! ¡A ver si vamos a estar ahora acojonados por lo que pasó en Madrid! —dijo el frutero.

—¿Vosotros no veis la televisión ni leéis la prensa?

—continuó Juan—. En las mezquitas es donde preparan ésos los atentados. ¡Dicen que se reúnen para rezar y lo que hacen es hablar de las guerras santas! —sentenció.

—¡Anda ya, agonías! Esto es igual que cuando te empeñaste en que si dejaban abrir la peluquería a Bruno nos iba a llenar de sida el barrio sólo por ser homosexual, respondió muy airadamente Luisa.

—Homosexual, nada; maricón. ¡Y ya veremos cómo acaba esto porque el otro día vi al peluquero en el médico y tenía muy mala cara!

En medio de la carcajada general de sus compañeros, Juan dio media vuelta y se fue para su puesto. La mañana estuvo muy tranquila y al no tener otra ocupación, su cabeza no dejaba de dar vueltas sobre el tema de los atentados. Estaba deseando que llegara la hora de comer para volver a casa y ver de cerca esa mezquita.

En la entrada, un hombre de tez oscura sostenía en su mano una especie de rosario con cuentas de madera que iba pasando de una en una a medida que recitaba una incomprensible letanía. Cuando Juan hizo el amago de acercarse, el hombre exhibió una enorme sonrisa y dirigiéndose a él le dijo en árabe: "Marhaban, ají al muslim".

—¿Qué? —respondió Juan en un tono que no ocultaba su tremendo enfado

—¿Hermano musulmán? —repitió el hombre, esta vez en un perfecto español.

—No, no. Soy un vecino del barrio y vengo a enterarme de qué han montado ustedes aquí.

—Esto es un centro de oración y reunión para todos los musulmanes. Una mezquita.

—¿Y está autorizada?

—Sí, señor. Tenemos todos los permisos.

De un rápido vistazo, Juan pudo ver cómo todavía en las paredes se veían las marcas de lo que hasta hace nada fue una zapatería. El suelo estaba prácticamente cubierto de alfombras, pero todavía estaban arrinconados contra la pared los bancos donde los clientes se probaban los zapatos y se apreciaban también las huellas de mostradores y exhibidores. Juan no sabía ya qué decir, mientras el hombre que tenía enfrente no dejaba de sonreírle.

—¿Y usted de qué se ríe tanto? —acabó por espetarle.

—Yo a usted le conozco. Es el dueño de la pollería del mercado. A mí me gusta mucho el pollo y mi mujer compra muy a menudo en su tienda.

Sin concederle una tregua, Juan dio media vuelta y salió del local en dirección a su casa. No se le quitaba de la cabeza que tener cerca un centro de musulmanes era como dormir encima de una bomba de relojería. Sabía que tarde o temprano iba a lamentar que hubieran dejado instalarse allí a ese "atajo de infieles".

Después de comer, Juan salió de casa a hacer unos recados. A medida que caminaba por la ciudad se iba dando cuenta de cómo ésta había cambiado. En cada calle, en cada plaza, en cada parque se encontraba con signos de los nuevos tiempos. Una vez era un letrero en árabe que anunciaba una carnicería sólo para musulmanes; otra, un grupo de mujeres con chilaba y pañuelo que reían alborota-

damente mientras sus hijos pequeños jugaban en los columpios del parque. “¿Dónde vamos a llegar!”, pensaba Juan. “El mejor día nos tenemos que ir de aquí para dejarles sitio”.

La noche la pasó muy mal. Soñó con los árabes, las cruzadas y hasta con Bin Laden. En su sueño, el terrorista más buscado del mundo estaba escondido al lado de su casa, en la nueva mezquita que habían construido en el local de la zapatería. El terrorista estaba sentado sobre las alfombras que cubrían el suelo. Sonriendo de oreja a oreja, levantaba las manos y las introducía por debajo de la túnica que le cubría y en la que tenía escondido un detonador. Al grito de “Ala al Akbar”, tocaba un botón rojo y a los pocos instantes se oía un ruido ensordecedor, como el de una bomba al explotar.

Juan se despertó sobresaltado y, aunque todavía era pronto, se vistió y fue hacia el mercado. Era jueves, el día de más trabajo. Los puestos empezaban a abrir a las siete de la mañana, aunque la gente no llegaba tan pronto. Sentado en los bancos que rodean el patio interior del mercado, Juan no dejaba de pensar en el extraño sueño que había tenido.

A lo largo de la mañana fueron muchos los clientes que pasaron por la pollería. Muchos habitantes de los pueblos vecinos venían a Manzanares a realizar compras y transacciones comerciales, aprovechando el “día de mercado”. Juan se fijaba especialmente en aquellas mujeres que llevaban pañuelo sobre la cabeza con la secreta intención de reconocer a la mujer del conserje de la mezquita.

Casi a las dos de la tarde, cuando ya iba a cerrar el puesto, se presentó a comprar una mujer de mediana estatura, que vestía una chilaba azul y llevaba puesto también un pañuelo negro en la cabeza. La mujer tenía a su lado un fardel de tela de un color naranja tan llamativo que Juan no pudo apartarlo de su vista mientras atendía con desconfianza y mucha desgana a la mujer.

No le preguntó nada, pero estaba seguro de que era ella la mujer del hombre de la mezquita. Empezó a recoger el mostrador y cuando terminó se dio cuenta de que junto al puesto se encontraba el fardelillo anaranjado que había visto minutos an-

tes. Lo metió en la tienda, pensando en que pronto volvería la mujer a recogerlo, bajó el cierre y salió del mercado para ir a comer.

Nada más había hecho que sentarse a la mesa cuando un fuerte estruendo le hizo salir corriendo hacia la ventana. Desde allí, Juan pudo ver que el mercado municipal de abastos estaba en llamas. Una densa humareda negra salía del mismo centro de la plaza comercial.

Sin pensarlo dos veces, Juan se precipitó escaleras abajo, pero en vez de dirigirse al mercado se fue directo hacia la mezquita.

—¿Dónde estás, moro de mierda?—gritó en la entrada del centro de oración—. Sal y da la cara. ¿Dónde está ahora tu mujer? ¿Poniendo otra bomba?

En la mezquita no había nadie, o al menos eso parecía. Después de unos segundos esperando respuesta, Juan giró sobre sí mismo y salió disparado hacia el mercado de abastos. Allí, a la misma puerta y observando las llamas junto a los bomberos y la policía, estaba el hombre de la mezquita. Nada más verlo, Juan se dirigió hacia él y le zarandó fuertemente ante el asombro del hombre y de todos los presentes.

—¡Y encima tienes la poca vergüenza de venir aquí!—empezó gritando—. Este señor—decía mirando a los policías, al tiempo que sujetaba al hombre por el brazo— es el culpable: él ha puesto la bomba.

—¿Pero qué bomba ni qué bomba?—le gritó a su vez el policía que tenía más cerca—. ¡Si aquí no ha estallado ninguna bomba!

Juan se quedó helado. De repente ese castillo armado de conjeturas que había hecho en los últimos minutos se desarmó por completo.

—¿No? ¿Y entonces qué es lo que ha pasado?—volvió a preguntar Juan, soltando ya al hombre de la mezquita que no salía de su asombro.

—Pues un cortocircuito, hombre. Parece ser que alguien se dejó enchufada una pequeña estufa eléctrica que ha terminado ardiendo.

Juan se quedó mudo. De repente recordó que aquella fría mañana de marzo había enchufado un aparato de calefacción para calentarse los pies en el puesto. Corrió hacia el interior del mercado, pero el equipo de bomberos que trabajaba en la extinción del incendio le impidió el paso y le aseguó

que cuando estuviera controlado el fuego, permitirían el acceso.

A la espera de que se pudiera entrar, Juan se sentó en la puerta del mercado y al levantar la cabeza pudo ver cómo el hombre de la mezquita se alejaba de allí lentamente. En la media hora larga que estuvo esperando a que se abrieran las puertas, a Juan le dio por pensar. Recordaba perfectamente el fardelillo anaranjado estacionado junto a su puesto, y recordaba también a la mujer musulmana que lo había llevado hasta allí y cómo, sin que nadie se lo dijera, había deducido que ella era la esposa del hombre de la mezquita.

Cuando por fin pudo entrar, Juan fue corriendo hacia el puesto. Más que comprobar los daños causados, lo que quería sobre todas las cosas era tener la certeza de que el fardel de tela anaranjada todavía estaba allí.

Su puesto apareció totalmente ennegrecido por el humo. Los pollos no se habían visto afectados porque estaban en la cámara frigorífica, pero los expositores y todo lo demás tenían una densa capa de humo negro. Junto a ellos, se veían también los restos de la estufa y de los papeles de envolver las carnes, que habían quedado totalmente calcinados por el fuego. Del fardel naranja no había señales. Por más que buscaba y buscaba, no aparecía.

Juan empezó entonces a preguntarse si la mujer con el pañuelo y el fardel no serían fruto de su imaginación, si habría soñado todo. De repente, en medio del montón de curiosos que se habían arremolinado alrededor de la pollería, apareció un bombero que sostenía en su mano el ansiado fardelillo.

—¿Esto es suyo? —preguntó solícito.

Juan se quedó atónito y pensó unos segundos antes de mentir.

—Sí, sí, es mío. Lo olvidé esta mañana. Muchas gracias.

Tomó el fardel de la mano del bombero y se metió dentro del puesto. Tenía una irresistible curiosidad por saber qué contenía el fardelillo, pero con tanta gente pasando por delante era imposible abrirlo con la necesaria discreción.

Cuando por fin se marchó el público, Juan sacó el

fardel con intención de abrirlo, pero se detuvo pensando que ya había desconfiado suficientemente aquel día. Como el cierre había sido forzado por los bomberos y el puesto no podía cerrarse, Juan cogió el fardel y salió del mercado.

Cuando se alejaba, miró hacia atrás y vio la silueta del mercado, que recordaba vagamente a una típica mezquita musulmana. Aunque pensaba ir a casa, el subconsciente le traicionó y sin saber cómo se vio delante de la mezquita del barrio con el fardel anaranjado en las manos. El hombre estaba en su puesto.

—¿Esto es suyo? —titubeó Juan—. Lo dejó olvidado una mujer musulmana esta mañana. Pensé que era su señora.

Al hombre se le iluminó la cara. Levantando los brazos en alto y mirando al cielo no hacía más que decir: “Gracias, muchas gracias, Ala Al Akbar”, al tiempo que abrazaba a Juan que asistía mudo a la escena.

Por fin el hombre se calmó.

—¿Sabe usted lo que contiene este saco? —preguntó a Juan el hombre.

—Pues no. No he intentado abrirlo.

Después de desatar los muchos nudos de la tela, los dos hombres se encontraron con una pequeña caja de madera de olivo que al abrirla mostró su contenido: un fajo de billetes de 50 euros.

—Aquí hay mucho dinero —dijo Juan.

—Sí, mucho. Es lo que hemos recolectado entre los hermanos musulmanes para arreglar este local. Mi mujer lo tenía que traer aquí, pero parece que se lo dejó en el mercado esta mañana.

—Pues nada, aquí lo tienen. Y siento mucho haber desconfiado de ustedes. ¡Como se oyen tantas cosas! —dijo Juan, disculpándose.

—No se preocupe, ya estamos acostumbrados. Muchas gracias por devolvernos este fardel y, como decimos nosotros: “baraka allahufik”, que Dios te bendiga.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Manzanares (Ciudad Real)**.